

ENTREVISTA

Juan Villoro: “La severidad, en lo que toca al lenguaje, es necesaria”

Por David Lara Ramos¹
Universidad de Cartagena

Uno de los comentarios que la gente hace al escritor mexicano Juan Villoro al verlo por primera vez es acerca del parecido físico con su colega Julio Cortázar. En febrero del 2012, cuando el escritor llegó al país para asistir, entre otros eventos, al VI Carnaval de las Ar-



Foto: David Lara Ramos.

tes en Barranquilla, la gente entre la burla y la seriedad decía: “Es que el hombre como venía para el carnaval, se disfrazó de Cortázar, y lo hace muy bien”. Para Villoro, el comentario sobre su físico le resulta tan divertido como halagador. “Cortázar fue un gran escritor y me causa curiosidad que me digan lo mismo, en muchas partes”, dice, frotándose su barba cortazariana. Si bien su estilo no es parecido a su físico, sí lo es su pasión por la escritura. Villoro escribe con la misma rigurosidad, disciplina, creatividad y entrega que Cortázar, uno de los escritores más influyentes en las generaciones que siguieron al post *boom* en América Latina.

Villoro prefiere las mañanas para escribir, un horario que él llama de banquero. Al echar un vistazo a su prolífica producción, en realidad pareciera jamás detenerse. En una misma semana uno puede en-

¹ Docente del Programa de Comunicación Social de la Universidad de Cartagena. Especialista en Cooperación Internacional. Magíster en Cultura y Desarrollo de la Universidad Tecnológica de Bolívar. Editor, durante seis años, de *El Dominical* (suplemento literario del diario *El Universal* de Cartagena). Ganador de diversos premios nacionales y regionales de periodismo y literatura. Sus textos han sido publicados en revistas y periódicos nacionales e internacionales. Es autor del libro de entrevistas *Pasa la voz, queda la palabra* (2011). E-mail: david28lara@gmail.com

contrarse con una de sus crónicas en *La Jornada*, un cuento en la revista *El malpensante*, o un sesudo y cuidado ensayo en la revista *Letras libres*, un género que asegura es la forma que tiene para pensar los pensamientos. En marzo pasado presentó en Barcelona su novela *El arrecife* (2011). Obra que, asegura, comenzó a escribir hace ocho años. Lo único que puede preguntar uno es cómo *lo* hace, y él responde sin sobresaltos: “Voy buscando, indagando, fisionando, escribiendo, organizando, corrigiendo y reescribiendo. Toda literatura parece resistirse y entonces es necesario el esfuerzo, y eso es lo que hago todos los días: empeñarme”.

Villoro habla con una vitalidad que contagia y envuelve; sus frases parecen pensadas de antemano o editadas al instante. Su mente puede trazar con rapidez un recuerdo de la infancia sin olvidar ningún detalle, o un discurso de su padre cuando él aún era adolescente, o citar los versos de un libro de poemas que leyó hace más de una década. Su obra se ha enriqueciendo con géneros tan diversos como la novela (seis de ellas), el cuento (6 colecciones), el ensayo (muchos de ellos), literatura infantil y juvenil (8 títulos), crónicas periodísticas y artículos de opinión (sin cifras). Ahora asegura que trabaja en el aforismo, con la ayuda de su cuenta de twitter, que le obliga a escribir hasta 140 caracteres.

Nació en México en 1956, estudió Sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), fue discípulo de Augusto Monterroso, con quien aprendió que hablar más de la cuenta y escribir con más palabras, cuando se puede escribir con menos, no es una norma de buena escritura, sino de buena educación, y uno no puede ser maleducado con el lector que se toma el tiempo para aproximarse a sus textos. Fue agregado cultural en la Embajada de México en Berlín y es profesor de Literatura en la Universidad Nacional Autónoma de México y profesor invitado en universidades de Estados Unidos y España.

Otra de sus grandes pasiones es el fútbol, que comenta con profundidad. Los cronistas y narradores mexicanos lo llaman “El filósofo del fútbol”, título que puede uno corroborar al leer libros como *Dios es redondo* (2006), o *Los once de la tribu* (1995). Igualmente, ha sido comentarista para la prensa mexicana de Mundiales como el de Sudáfrica 2010, Alemania 2006, Francia 98, Italia 90 y Argentina 78. A los cuatro años, Villoro tuvo su primer encuentro con un balón de fútbol: “Eso fue en mi natal barrio de Mixcóatl, palabra que en lengua náhuatl quiere decir lugar de las serpientes. De ahí puede entonces venir el gusto por la literatura, que es un veneno inofensivo”. De esos dos venenos, como afirma, está hecho su generoso trabajo creativo.

Aprovechando su presencia en Barranquilla, conversamos con él sobre sus múltiples maneras de escribir y su gran pasión: la afición al fútbol.

–Sorprende mucho su diversidad creativa. ¿Qué define llevar una idea a una obra de teatro, a una novela o a un cuento. ¿Cómo es la revelación de ese momento?

Cuando yo empecé a escribir, básicamente escribía cuentos, y durante mucho tiempo pensé que era el único género que iba a cultivar. Algún tiempo después, Sergio Pitol, el escritor mexicano, me pidió una crónica sobre mi maestro del taller de cuentos, que era Augusto Monterroso. Fue el primer texto que escribí con conciencia de que estaba escribiendo una crónica, y a partir de entonces comencé a combinar ambas facetas. Por temperamento, soy una persona que tiene todo tipo de curiosidades y que, además, se interesa por muchas cosas al mismo tiempo. Entonces, el hecho de escribir en distintos géneros me ha permitido ser fiel a entusiasmos diferentes. Los distintos géneros han representado para mí diferentes estados de ánimo. En el periodismo, todo es urgente, pero al mismo tiempo esa urgencia me da un estímulo de ideas que salen gracias a esa presión. Tardo en definir si debo hacer una crónica o texto de ficción, y la decisión está en lo siguiente: cuando la historia está bastante fuerte para mantenerse como relato, siempre prefiero que sea un texto de no ficción, porque ya la realidad armó una historia, o si se trata de una pequeña insinuación, entonces puede convertirse en un relato en una novela.

–¿Cómo hace para blindar los estilos, el ritmo, los giros propios de algunos textos, entre otros elementos, al pasar de una forma a otra, sin que se pierda la vitalidad de lo que escribe?

El director de orquesta Daniel Borembom –quien básicamente es conocido como director, pero también compone, interpreta el piano y es maestro de música– dijo algo que a mí me gustó mucho. Cuando le preguntaron por qué, si en lo fundamental era un director, hacía estas otras actividades musicales menores, respondió: “Porque cada vez que yo ejecuto algunas de las áreas de la música, ya sea como intérprete, compositor, maestro, o director, tengo presente las otras posibilidades, así puedo dirigir una orquesta sabiendo lo que siente un intérprete”. A mí entonces me gustaría pensar que cuando escribo cuentos para niños también hay algo de los demás géneros que yo practico. Desde luego, los estilos son diferentes, así que no puedo estar repitiendo el mismo impulso. André Gide decía que había que desconfiar del impulso adquirido. Cuando escribiste algo que te

quedó bien, sientes la tentación de continuarlo, de seguir igual. Cada escritor tiene sus mañas para tratar de salir de ciertos vicios, y pues la mía es cambiar de género.

-¿Uno de sus relatos infantiles, “El libro salvaje” (2008), cuenta la historia de un niño rodeado de libros que al principio desprecia, pero luego va sintiendo curiosidad por aquellos objetos. ¿Qué tan autobiográfico es este cuento? ¿Es acaso la historia de su encuentro con la lectura?

Claro que tiene algo de autobiográfico, porque arranca con la separación de unos padres. Mis padres se divorciaron cuando tenía nueve años, en los tiempos en que era un escándalo social, y en aquel entonces la gente prefería no hacerlo. Mis papás lo hicieron. Me parece que muchas de las historias para niños surgen de un momento de soledad del protagonista: se queda huérfano, o está perdido, y una de las formas de la soledad de los niños es el divorcio de los padres. Lo que hice fue recuperar esa circunstancia autobiográfica; lo demás es inventado. Pero también tiene que ver con mi aventura como lector. Quería hacer un libro donde el lector participara en las dificultades para conseguir una historia. Normalmente, a un autor le cuesta mucho trabajo escribir una historia. La historia se te resiste. Es como si el libro no quisiera ser escrito, y escribir, de alguna forma, es domar al animal salvaje. En este caso, el libro que está huyendo es el libro que se escapa de los lectores. Creo que los lectores somos cazadores. Estamos buscando historias, y eso quise reflejarlo en “El libro salvaje”.

-Carlos Gaviria, que integró la primera Corte Constitucional que tuvo el país, usaba los postulados de Karl Kraus (conocido también como el antiperiodista) para criticar el periodismo que se hace en el país. Usted, que ha estudiado a Kraus, ¿cómo cree que sería su crítica a la prensa del siglo XXI?

Tendría sin duda mucho material de crítica, porque él era un agudo juez del lenguaje, y hay oficios y personas que distorsionan mucho el lenguaje. El periodismo abusa del lenguaje, por prisa, por necesidad de cubrir la noticia de manera inmediata, por pereza, y en ocasiones, también engaña deliberadamente, cambiando el contenido de la información cuando obedece a intereses que no son los propios. Lo mismo hacen los políticos: deterioran el lenguaje convirtiéndolo en demagogia y en simulación. La publicidad destruye la lengua y todo el tiempo nos está bombardeando con una falsa seducción. Hoy estamos más rodeados de lenguaje que en época de Kraus. Tenemos redes sociales, blogs, Internet, mensajes de texto. Estamos expuestos

al lenguaje todo el tiempo. Cometes un error, alguien lo filmó, y al día siguiente está en *Youtube*. La privacidad prácticamente se ha ocultado. Hoy Karl Kraus sería un crítico más furibundo y necesario. Tiene algo fanático su trabajo, algo intransigente. No era un tipo querible, en el sentido de que no era una persona que toleraba fácilmente a los demás, o que tratara de comprenderlos. Era un juez implacable, muy severo. Sin embargo, la severidad, en lo que toca al lenguaje, es necesaria.

-Ese papel de crítico de la sociedad y de los medios mexicanos, que usted también cumple, lo ejerció hasta su muerte Carlos Monsiváis, con matices llenos de ironía y humor, que me llevan a pensar también en Karl Kraus. ¿Podríamos afirmar que Monsiváis era el Karl Kraus mexicano?

Es una buena relación, porque desde el punto de vista social fue un agudo cronista y crítico de la realidad mexicana. Además, porque el tipo de crónicas que él hacía era de crónicas comentadas, con un contenido editorial muy fuerte. Es decir, el cronista opina mucho de la realidad que está viviendo, participa ideológicamente con su ironía o sarcasmo. Como espectador de la sociedad mexicana, sin lugar a dudas fue un testigo radical. Era menos implacable que Kraus, porque hay muchos momentos en los que Monsiváis casi hace que sus adversarios logren ser comprendidos, mas no exonerados, por la irónica crítica que le da cierto toque de afecto a las criaturas criticadas. No era tan inflexible como Kraus. Éste se ocupaba fundamentalmente del lenguaje, del instrumento usado por las personas que criticaba, que era la lengua alemana, y en ese sentido podía ser más objetivo.

-México tiene una enorme tradición relacionada con el humor, la ironía, la sátira, la burla. ¿Cómo construye esos elementos en su trabajo?

Más que una construcción es una manera de ser. Hay algo que me parece terrible, que es cuando alguien se hace el chistoso, cuando alguien quiere causar gracia de manera forzada. Eso es lamentable. En cambio, cuando surge una opinión irónica y brota natural frente a lo que se está contando, creo que el efecto puede ser más interesante. Estoy convencido de que la función del sentido del humor no es tanto la risa como hacer pensar. Mostrar las cosas de otra manera. Crear una impresión que haga que la gente se detenga y diga: "Ay... yo no sabía que esta situación pudiera ser ridícula". En ese sentido, el humor siempre tiene una función rebelde, disruptiva.

-De la literatura pasemos al fútbol. ¿Cómo fue ese encuentro? Parece una cercanía más europea que mexicana, ¿o me equivoco?

Te equivocas, porque es muy mexicano. Lo que pasa es que no puedo escribir tanto de México, porque acabaría siendo un escritor trágico [risas]. En México, la afición es maravillosa, pero la selección no es muy buena. No nos da tantas satisfacciones. Alguna vez dije que si hubiera un mundial de públicos, México podría llegar a la final. Porque tenemos una afición muy entregada. Hace poco escribí una novela para chicos, que se llama *La cancha de los deseos* (2010), y trata de una país donde la gente adora el fútbol y los futbolistas son muy queridos y tienen novias guapísimas, ganan mucho dinero, van de compras al extranjero cuando tienen partidos, pero casi nunca ganan, y un científico trata de convertir la pasión de la gente por los futbolistas en éxito en la cancha. Por eso se llama *La cancha de los deseos*. Eso nos falta a los mexicanos.

Entonces, a nivel de las crónicas, trato de ocuparme de temas más significativos como el fútbol de alto rendimiento, que ahora podemos ver por televisión satelital. He tratado de seguir los mundiales y mi interés ha sido por los grandes protagonistas del juego. Ahora, yo no soy un cronista deportivo. Soy un aficionado a la afición. Lo que más me interesa como tema es intentar saber por qué la gente se interesa en el fútbol, por qué se congregan las personas para llenar un estadio, qué ilusiones depositan allí, qué esperan de ese juego. El componente emocional que cristaliza esa experiencia colectiva me parece decisivo. Creo que para conocer una época, hay que saber cómo se entretenía la gente en esa época, y el fútbol es la mejor forma de entretenimiento del planeta tierra. Luego, dice mucho de nosotros. De lo bueno y lo malo. Por eso me considero un cronista de la pasión futbolística.

-No le parece insensato trabajar por la afición, cuando el fútbol de las grandes estrellas está lleno de mafias de directivos, de comercio de niños con talento. ¿Cómo equilibra, quizá en el plano de la ética, esa condición inocente del hincha, con algo que no lo es tanto, como el fútbol profesional?

Es una lucha que creo que tenemos todos los futbolistas.... Perdón, todos los aficionados: me traicionó el subconsciente [risas]. Ojalá fuera futbolista, o hubiese sido, porque entonces estuviera dirigiendo o entrenando a esta edad. Creo que estamos luchando por preservar la pasión por el juego, la nobleza del trabajo en equipo, la posibilidad de resignarte ante un resultado adverso y respetar que el rival haya sido mejor que tú. Todas estas son enseñanzas éticas importantes:

la capacidad de recuperar algo de infancia en nosotros, de unirnos sanamente como la tribu del comienzo a favor de algo primario, que es el gusto por el juego. Todo eso me parece muy bueno. Pero todo eso ocurre en el mundo contemporáneo, que está lleno de dopajes, especulaciones monetarias, robos de partidos, injusticias de los árbitros, una supremacía de la televisión. Concluyo entonces que el fútbol tiene algo suficientemente noble para resistir todas esas amenazas. Al mismo tiempo, está muy expuesto.

-¿Quizá un ejemplo fue lo sucedido en Egipto en febrero pasado?

Exacto. Allí el fútbol no fue el responsable de lo que sucedió. En este caso, ha sido la víctima. Es decir, en una sociedad descompuesta la violencia se desata, y eso puede ocurrir en cualquier parte. En este caso, donde había una pasión futbolística. Había mala seguridad y los problemas sociales trataron de ser dirimidos en la cancha, pero no fueron originados por la cancha. Creo que todos los aficionados tenemos que luchar a partir de la pasión que sentimos por el juego, tratar de conservar este estado de gracia que puede tener cuando el fútbol es básicamente un impulso sano por jugar. Desde la crónica que hago no se puede cambiar todo el mundo, pero podemos aportar algo, denunciando a las lacras del fútbol, que son muchas.

La FIFA recomienda, por ejemplo, que una persona no tenga más de un equipo de fútbol, pero, al mismo tiempo, no aplica una ley para sancionar cuando esto ocurre. Pide que sean las federaciones locales las que protesten. Pero, por ejemplo, México Televisa tiene tres equipos. ¿Qué sucede? Que los otros no denuncian, porque Televisa es dueña de buena parte de la televisión, y ellos quieren ganar por los derechos de televisión, y para tenerlos, no denuncian. Ahí me parece que la FIFA se lava las manos, cuando le conviene. Se acaban de aportar nuevas pruebas de aquel partido que estuvo arreglado entre Perú y Argentina, en Argentina 78, que terminó 6-0. Probablemente no son tan definitivas como las que ya se tenían: claramente fue un partido arreglado. Argentina jugó muy bien ese mundial, pero esa es una gran mancha que queda, y es lamentable que ocurra. Pero es la sociedad que tenemos; no el juego, que es maravilloso.

-Volviendo a esa diversidad creativa que comentaba al inicio de esta entrevista, veo que hay ausencia de poesía en su trabajo, digamos como género, pero en tu novela El testigo (2004), la poesía aparece de la mano de su protagonista. ¿Es como homenajear una carencia?

Eso sería una buena idea [risas]. Fíjate que Vladimir Nabokov decía que para escribir buena prosa había que leer buena poesía. Aunque no escribas poesía, como en mi caso, es el alimento más importante para entender el poder de la concisión, la metáfora, el sentido de las palabras y su musicalidad. En *El testigo*, como bien dices, uno de los temas es Ramón López Velarde y su poesía. Me interesaba hacer una novela sobre la poesía y sobre los lectores de poesía. En *El testigo* hay un sacerdote que cree que López Velarde, que fue un poeta católico, también era un santo y que ha obrado milagros, y que los milagros están testimoniados en sus poemas. Es una interpretación extrema, pero que resulta bastante posible, según lo que ocurre en esa trama. Para todo narrador la poesía es una fuente inagotable de estímulos y el referente esencial. Yo nunca voy a escribir poesía, pero no voy a dejar de leerla.

Barranquilla, febrero de 2012.